



AN DO NI OR TU ZAP

ENTREVISTA: XABIER LAPITZ FOTOGRAFÍAS: TXETXU BERRUEZO

Entre una cita electoral y otra, el presidente del Euzkadi Buru Batzar de EAJ-PNV, Andoni Ortuzar, recibe a Hermes en la quinta planta de Sabin Etxea, el lugar donde el fundador del PNV habitó y el franquismo quiso borrar. En noviembre se cumplen 120 años del fallecimiento de Sabino Arana, un buen momento para reflexionar de dónde viene el nacionalismo vasco y hacia dónde encamina sus pasos.

ELKARRIZKETA

¿Y en qué ha evolucionado?

En todo este tiempo, todo ha cambiado muchísimo, y por eso mantiene poco del nacionalismo de finales del siglo XIX. Yo creo que una de las grandes características del PNV ha sido saber ir cambiando a medida que cambiaba la sociedad. Y ha ido adaptándose a una sociedad que ha cambiado muchísimo en estos 120 años pero que, sobre todo, ha cambiado muchísimo en los últimos 40 años en dos ámbitos fundamentales. Uno, la vinculación persona-religión. Nosotros todavía llevamos hoy en el lema en euskera 'Jaungoikoa eta Lege Zaharra, JEL', jeltzalea. En cambio, hoy el partido no sólo es un partido aconfesional y laico porque sea la moda, sino porque la afiliación mayoritariamente también lo es así. Tenemos mucha gente laica, agnóstica, mucha gente que seguimos siendo católicos y cristianos, otros que tienen otras religiones, tenemos algunos musulmanes, tenemos algún judío, tenemos de todo. Esa parte ha cambiado muchísimo, como ha cambiado la sociedad vasca... pues el Partido también. Y el segundo ámbito es el de los derechos de la persona. En sus primeros años, Sabino fue un revolucionario mental en las cuestiones nacionales, pero era un hombre muy pegado a la costumbre del momento, a la idiosincrasia de aquella sociedad vasca. Y, en ese sentido, de ahí nos viene un poco la fama de partido conservador: la vinculación de religión más usos y costumbres hacían del PNV un partido de derecha, o de derechas, o de orden. En cambio, hoy el PNV es un partido que desde las instituciones impulsa las políticas más progresistas del Estado, que pueden competir con cualquier país europeo de esos que se dicen que están en la vanguardia. Yo creo que en una comparativa de tú a tú con Finlandia, Euskadi no iba a salir mal. Seguramente nos ganaría, pero no saldríamos mal.

¿Qué conserva el actual PNV del ideario original de su fundador, Sabino Arana, 120 años después de su fallecimiento?

Una frase muy sencilla: 'Euskadi es la patria de los vascos'. Euskadi es una nación. Y, a partir de ahí, en función de los elementos, él bebe mucho del romanticismo alemán, empieza a construir un pueblo, una nación, un idioma, un territorio, una cultura, una identidad. Todo eso el PNV hoy no solo lo mantiene, sino que forma parte de su patrimonio. Otro de los grandes aciertos, o de la gran proyección que tuvo Sabino Arana, fue que creó un partido a semejanza de un Estado. Y, luego, el Partido ha tenido la suficiente capacidad, generosidad y fuerza política también para que esos atributos del Partido hayan fraguado en los símbolos de una comunidad política diferenciada: la ikurriña, el himno, el euskera como idioma vehicular de prestigio, la institucionalización del país... Todas esas cosas es la parte que el PNV mantiene del legado de Sabino Arana.



Vuelvo un poco a la idea de Sabino Arana. Cuando usted ha dicho que Arana bebía mucho del romanticismo alemán, del pueblo, la nación, el idioma, el territorio... y la raza.

Yo, cada vez que voy a Cádiz, paso por una gran avenida en Sevilla que se llama Avenida de la Raza. En Euskadi no tenemos ninguna Avenida de la Raza. El estereotipo racista de Sabino es mentira. Sabino es un hombre de su tiempo. Por cierto, España entonces era una potencia colonial en la que en algunos de sus territorios había esclavos, esclavos de otro color... Los que le acusan hoy a Sabino de racista eran parte de un imperio pequeño, pero un imperio colonial venido a menos, en el que pasaban cosas muy poco edificantes desde el punto de vista racial. ¿Sabino qué hace? Sabino es una reacción, el suyo es un nacionalismo de reacción. Y en el tema étnico, o de identidad nacional, también es de reacción. Habría muy pocos sitios en el mundo en aquella época en el que hubiera una transferencia de población tan grande y en tan poco tiempo desde una zona que tiene otra cultura y otro idioma hasta un país tan pequeño como Euskadi. Y lo sé muy bien, porque vivo en la zona que recibió mayor inmigración. Sabino ve que esa inmigración, que puede venir muy bien a efectos económicos y de desarrollo socioeconómico –aunque sea a base de una explotación tremenda a esa gente–, es un

grandísimo peligro desde el punto de vista de identidad del pueblo vasco y de identidad idiomática. Ve que puede ser un grandísimo peligro en la medida en que son más, vienen aquí más de los que estaban aquí, y que eso puede alterar la configuración y el sentimiento de una pertenencia a una comunidad, hasta llegar a cambiar esa comunidad y ese sentimiento. Él reacciona exacerbando las aristas de lo vasco, de la “euskañidun-idad”. A veces, lo exagera hasta lo que hoy, en 2023, nos puede parecer una caricatura, pero en 1897 no era tan evidente que eso fuera una caricatura.

En el momento en el que funda el PNV, obviamente tiene un toque utópico, es algo revolucionario. Sin embargo, el PNV de hoy es percibido como un partido institucional, pragmático, de gobierno, de orden. Es todo lo contrario a ese espíritu rompedor.

Yo, con estas cosas, siempre recuerdo una frase de Felipe González en su momento en la cúspide, cuando dijo aquello de que el PSOE iba a morir de éxito. Luego no murió de éxito: murió de corrupción. ¿Pero qué quería decir él? Quería decir que en pocos años de gobierno socialista, desde el 82 al 86, 87, 88, pudieron hacer unas reformas y unos cambios tan potentes en la España que venía del franquismo, que

situaba a la sociedad en un nivel de autosatisfacción que podía hacer que pensara en votar socialista o en votar otra cosa cualquiera. ¿En Euskadi qué nos ha pasado? Yo creo que el autogobierno, hasta cierto punto conseguido, nos puede hacer morir de éxito, porque habrá mucha gente que se conforma con lo que tiene. Hoy tú eres un vasco, una vasca normal, y te topas con España relativamente poco en nuestro país: salvo para hacer el carnet de conducir, el de identidad o el pasaporte, o salvo para la pensión (o sea, la Seguridad Social), el resto de los servicios y la relación es con la administración vasca, local, foral o autonómica, pero vasca. La ikurrriña está en los mástiles desde el año setenta y tantos. Están las ikastolas. La educación es en euskera. Nuestro servicio de salud se llama Osakidetza. Tenemos Parlamento Vasco, tenemos nuestro himno... Tenemos un montón. Todo aquel fondo simbólico por el que peleábamos en los 70, en los 80 e incluso en parte de los 90, hoy está rutinizado, forma parte de nuestra vida. Y, en ese sentido, creo que el elevado nivel de autogobierno nos está llevando a una sociedad menos reivindicativa en lo nacional y más reivindicativa en lo personal. Entonces, ¿cuáles son las grandes luchas nacionales de lo vasco? Si quitamos las selecciones nacionales y el tema de la Seguridad Social, en realidad queda poco como lucha simbólica nacional. Y eso hace que al PNV, más que como un partido de reivindicación y de consecución de mayores metas nacionales, se le vea como un administrador de lo conseguido... a su pesar.

¿Le penaliza ese papel al PNV?

Hay camino por delante, hay trecho que recorrer todavía en la construcción nacional, en la liberación nacional del país, en la liberación social. Pero la gente que hoy en día ya tiene gran parte de sus apetencias y de sus reivindicaciones resueltas, a nosotros nos ve más como el administrador de ese autogobierno que como el posibilitador de mayores saltos. Nos pide más cuentas por administrador que por líder nacional. Eso pesa en el día a día del Partido. Además, y no hay que esconderlo, una parte del éxito del PNV ha sido saber atraer a gente que no era estrictamente abertzale sino gente que venía de otras latitudes del Estado pero que se ha integrado y se ha ido acercando al nacionalismo no tanto por la idea nacional o por los sentimientos abertzales sino por la capacidad de bienestar social y de desarrollo económico, de tranquilidad y seguridad que le dan las políticas que desarrolla el PNV desde el autogobierno. Ese doble componente explica lo que nos ha pasado ahora: depende a cuál le pongas más énfasis. La gente nacionalista, la gente abertzale, pone más énfasis en el primero de los elementos; mientras la gente que integra el voto nacionalista 'templado' (que viene desde el vasco-españolismo hasta un voto nacionalista) se fija en la gestión del autogobierno. Y ahí es donde esa convivencia... Nuestra clave es el equilibrio entre el alma nacional, el alma abertzale y el alma reivindicativa de avance en lo nacional por un lado, y la gestión del día a día, del bienestar vinculado al autogobierno, por el otro.

Ha dicho que uno de los éxitos del PNV para mantenerse durante tanto tiempo ha sido saber leer los cambios de la sociedad, ir adaptándose. ¿Qué antenas tiene?

Antenas tenemos muchas, pero la sociedad está cambiando tanto que ahora nos faltan algunas.

Las antenas del PNV de hoy siguen siendo las clásicas: la calle, el batzoki, el estar metido en las asambleas de vecinos, en las AMPAS, en el coro, en los txistularis, en la asociación de mujeres, en el hogar del jubilado, etc. Lo que pasa es que eso en la sociedad actual hace falta, pero no es suficiente. Hace falta un poco más. Y yo creo que una de las cosas que nos ha podido pasar en estas últimas elecciones es que no hemos tenido algunas antenas bien colocadas, o no tenemos antenas donde hay que tenerlas. Hemos hecho el proceso 'Entzunez Eraiki' hace poco tiempo, y nos han salido muchas cosas sobre la percepción que la sociedad tiene del PNV, pero también hemos sacado una idea de la sociedad que tenemos, que es interesante también para un dirigente político, porque la sensación que yo he sacado de todo este proceso es que tenemos una sociedad completamente diferente a la yo crecí o en la que yo entré en política, en los finales de los 70, principios de los 80. Hoy tenemos una sociedad ni mejor ni peor: distinta. Pero es más individualista, menos colectivista, con una serie de parámetros y de conceptos claros sobre su vasquidad, pero que no le llevan a dar saltos. Está a gusto. Y priman más los derechos individuales que los colectivos, por lo que se examina a la política y a los partidos más por cómo se portan conmigo que por cómo se portan con nosotros. Yo eso es lo que he sacado. No sé si me gusta o no me gusta, pero es una constatación porque en todo el proceso no ha habido reivindicación comunitaria. Ha habido muy poca reivindicación comunitaria. Ha habido reivindicación económica, reivindicación social, etcétera, para llegar a que yo y mi entorno vivamos mejor y seamos más prósperos. Eso mediatiza muchísimo, y creo que es algo que nos ha pasado factura en estas elecciones, porque esas antenas es difícil tenerlas colocadas.

¿Cómo han ido cambiando las maneras de transmitir, las maneras del compromiso político de la militancia desde su afiliación allá por 1977?

Entonces había un 'auzolan' político tremendo: metías horas, dabas horas a la causa. Cualquiera, no solo nosotros, todos daban muchísimas horas. Hoy esa cantidad y ese compromiso probablemente ha caído a más calidad y más técnica. Más calidad porque creo que ahora la gente que está en política, en todos los ámbitos, está más preparada que lo que estábamos entonces o que estaba la gente de entonces, que salían de 20, 30 ó 40 años de dictadura y de inexperiencia y era todo corazón y poca preparación. Ahora, la gente que tenemos, los concejales etc., es gente preparada, sabe gestionar y, por lo tanto, hay menos gente, pero está muy preparada. Y luego hay mucha técnica en la política. Ha ido al marketing, porque antes era el boca-oído. Hoy en día la liturgia política es la de la televisión, la de las redes, todo tiene que entrar en un minuto, tiene que estar bien conjuntada, tenemos que tener la trasera de los actos, tenemos que tener viejos y jóvenes, chicas y chicos, porque por la imagen entra el mensaje, y eso hace que la manera de hacer política no tenga nada que ver. Hoy en día un mitin de los que nos sacaba lágrimas, y llorábamos, y rompíamos a aplaudir, sería el antimitin.

¿Pero el hecho de que se gane en técnica no convierte también a la política en algo aún más deshumanizado? Es decir, se pierde emoción para ganar en eficacia, pero también aleja a la gente.



Igual es ser políticamente incorrecto, pero yo no le echaría toda la culpa ni la mayor parte de la culpa a los partidos, sino también a los individuos. Hoy hay menos gente dispuesta a comprometerse, pero no porque la política esté mal. Si está mal, métete y cámbiala. Es más fácil quedarse en la barrera diciendo “qué fatal hacen esto los políticos”. En nuestra época yo creo que una parte sustancial de todo esto se explicaba por el comunitarismo. Éramos comunitarios, éramos colectivistas, aun siendo del PNV. Lo importante era el grupo. Nunca había lobos solitarios. Ahora, en política hay demasiados lobos solitarios y grandes líderes unipersonales que son los que hacen esos hiperliderazgos mesiánicos que terminan siempre mal para la organización en la que militan.

¿Ha corrido el PNV ese peligro?

Quizás nosotros somos un poco la ‘rara avis’ de la política: seguimos siendo un Partido de ritos, un Partido de colectividad, un Partido en el que las siglas siempre, siempre, son más que las personas, por muy importantes que sean las personas. Por muy importante que fuera Carlos Garaikoetxea, o por muy importante que fuese, más incluso, Xabier Arzalluz, el Partido estaba allí. Han pervivido las siglas y siempre ha tenido capacidad de regeneración. Cuanto más hiperliderazgo tiene una organización, más difícil tiene asegurar su futuro.

¿Qué es lo que ha ido aprendiendo de sus predecesores? Cada uno ha ido marcando liderazgos distintos...

Completamente distintos. Juan Ajuriaguerra (para nosotros era el primo Juanito) era como el mito. Mi ama tenía devoción por él y por sus hermanas, porque era también la unión con Otxandio. Ser de Sanfuentes pero provenir de Otxandio es como el alfa y el omega. Es que Otxandio era bucólico, era el baserri... Mi ama, con 12 años, empezó a vender leche en Portugalete, y con un caballo bajaba desde Sanfuentes con las ‘cacharras’ en un carro. Pero estaba en un mundo completamente desubicado. Ajuriaguerra para nosotros era un poco el mito. Luego, Garaikoetxea fue la grandísima ilusión. Yo, de chaval, enseguida tuve la suerte de ser miembro del servicio de orden del Partido y me tocó ir a muchos actos a ayudar en la seguridad antes de que hubiera berrocis y antes de que hubiera nada... Cuando vino Leizaola, por ejemplo. Tuve la suerte de convivir con ellos, de verlos. Garaikoetxea era una ilusión, tenía un magnetismo enorme. A mi ama, en el Alderdi Eguna del 81 en Aiegi, se lo presenté y mi ama fue incapaz de articular palabra. Se quedó muda de tanta emoción que tuvo. Entonces Garaikoetxea era como era el Lehendakari Agirre, pero en moderno. Lo tenía todo. Y luego fue la gran decepción.

¿Qué aprendió de ese momento?

Ahí aprendimos un montón muchos. Algunos se fueron con él y otros aprendimos que, por muy importante que sea una persona, por mucho magnetismo que tenga, por muchos atributos que tenga, nunca puede suplantar a la colectividad y al Partido. Creo que aquello fue como una vacuna, fue el mayor aprendizaje que tuve de la escisión, porque yo, como casi todos, no sabía muy bien ni de Leyes de Territorios Históricos, ni de competencias de Diputaciones y Gobiernos, ni de quién es la capacidad de Fomento, ni a quién le corresponde qué... ¿Qué fue aquello? Una persona o el Partido. Pues el Partido, ¿no? Y eso nos ha formado a muchos. Yo creo que a todos: al Lehendakari Urkullu, a Joseba Egibar, a mí, a Aitor Esteban, a José Luis Bilbao, a Koldo Mediavilla, a Joseba Aurrekoetxea, a Itxaso Atutxa... Porque vivimos ya entonces en aquella época esa pelea. Probablemente eso explique que ahora el Partido, aun teniendo unos liderazgos reconocibles, sea sobre todo sigla, y tengamos la sigla mejor que nunca.

¿Y Arzalluz?

Arzalluz es un punto intermedio: un grandísimo liderazgo que nunca se separó de la marca. Nunca se quiso ir. Otra cosa es que en el tramo final, no lo voy a ocultar, tuviéramos nuestros problemas, pero era por ver quién representaba mejor y quién le daba un mejor futuro a la marca, a las siglas, al Partido. No es como Garaikoeetxea, que dice: "No, no, si el Partido no viene conmigo, prescindo del Partido y doy un salto a otro sitio". Arzalluz era PNV en estado puro. Otra cosa es que él tuviera una manera de concebir el Partido distinta a la que yo tenía.

¿Se imagina su relevo tan complicado como el que ahora mismo está admitiendo que fue el de Arzalluz?**¿Que alguien más joven venga por detrás diciendo que sus ideas ahora no están acompañadas a las realidades?**

Pero sustituir a Arzalluz era muy complicado. Arzalluz era una personalidad extraordinaria que venía de una época extraordinaria. Era una persona con una formación, una capacidad de liderazgo, una oratoria, una inteligencia natural enormes. Y venía de una época, que era la transición política, en la que había una mitología política también. Y eso le amplificaba todavía más. De repente teníamos que venir a estandarizar la política y a una normalización de la democracia. Hubo que sustituir a Felipe González, hubo que sustituir a Kohl, hubo que sustituir a Mitterrand. Fue todo un poco parecido. Eran unos liderazgos fortísimos.

¿Hay que limitar los mandatos?

Yo, si pudiera, sí. Pero siempre hay que dejarles a las bases que decidan ellas. Yo creo que las bases tienen que ser soberanas. Pero lo lógico es que las cosas duren entre 8 y 12 años.

¿Está diciendo que lo va a dejar?

Si de mí dependiera, sí. Pero no porque esté cansado, no tenga ideas, no tenga fuerza o no tenga compromiso. Creo que, a partir de una edad, la organización, en lugar de aprovecharse de ti, es rehén tuya. Y creo que no podemos tener de rehenes a nadie. Yo, personalmente, lo creo así. Si las bases deciden, yo tiraré, pero más

allá de eso, el grado de dependencia que va a tener de una persona es demasiado elevado, teniendo además como tenemos un gran banquillo. Si me dices que estamos en una época de emergencia.. pues bueno, no sé. Pero habiendo banquillo, estando el Partido en una situación saneada... Yo creo que hay que hacer un debate sereno. Además, yo creo que, no tanto por el PNV, lo que vemos alrededor parece que las transiciones, los cambios de liderazgo tienen que ser dramáticos o complejos, y yo apuesto por la serenidad. Yo no me voy a marchar a la Conchinchina. Me voy a quedar aquí, y si quien viene detrás me pide ayuda o quiere contar conmigo, yo voy a estar. Como si tengo que volver a servir txikitos en un Batzoki.

Ideológicamente, también han tenido que ir adaptando el ideario nacionalista: se habla menos de independencia y se incorporan cada vez más otros términos como soberanismo o autodeterminación.

Yo soy clásico: yo soy independentista vasco. Me corrijo: yo soy vasco, solo vasco, y luego europeo y ciudadano del mundo. Pero en medio no tengo más. Quiero ser como cualquier otro pueblo del mundo, y configurar que si lo que está en boga es un Estado, pues somos un Estado; y si lo que está en boga es una unidad que se integra en una unidad más grande que es Europa, pues eso. Pero quiero ser, quiero decidir yo, con mi pueblo, lo que quiero ser. Y eso, a día de hoy, la opción que mejor lo determina es la independencia.

Pero es un clásico escuchar que el nacionalismo nunca está satisfecho, que es insaciable, que necesita una reivindicación permanente para su propia supervivencia.

Si Europa negara la españolidad, estarían en la misma posición que nosotros seguramente. Pero es verdad que, sobre todo cuando sales fuera de Europa, el término 'nacionalista' complica las cosas porque parece que eres nacionalista desigual, egoísta, exclusivista, sectario, etc. Nuestro nacionalismo es un nacionalismo de supervivencia, de defensa, de reivindicación de lo nuestro. Sin más, sin quitarle a nadie nada.

Yo no creo que lo he soñado. En algún momento se ha llegado incluso a plantear la posibilidad que fuera Partido Nacional Vasco, al estilo del Scottish National Party.

Eso nos habría ayudado mucho en Europa a explicarnos y habría mejorado nuestra posición, porque hubo unos años que nacionalista era sinónimo de antieuropeísta, sectario, antimigración, etc. Yo lo viví en mi casa. "¿Que vais a cambiar 'Nacionalista' por 'Nacional'? ¡Si nacionales eran los de Franco!". Claro, ese es el choque entre dos formas de vivir esto. Para mí fue divertido, porque en mi casa mi madre decía: "Hijo, ¿estáis locos? Los nacionales son los otros". Mi madre no estaba para una tesis de un tratado de Derecho Político. Ella era lo que era. Sentía lo que sentía, como todo el mundo. Como miles. Y no se cambió el nombre porque tenemos que mantener el hilo conductor de 128 años.



“TAL VEZ
NO HAYAMOS
SIDO EMPÁTICOS
CON COLECTIVOS
A LOS QUE HEMOS
AYUDADO PERO
NO NOS HAN
SENTIDO CERCA”

En la misma noche electoral, y después también, le hemos escuchado decir que tomaban nota, que se había pecado de cierta arrogancia.

Bueno, eso es lo que nos dicen. Yo no lo creo, pero cuando la gente te lo dice... Eso es como el cartel que hay en los bares: 'El cliente siempre tiene razón'. A veces no la tiene, pero el concepto es que el cliente siempre tiene razón. Y si te dicen que eres arrogante y soberbio, algo estarás haciendo para dar esa sensación. Honestamente, yo no veo al Lehendakari arrogante, no veo a Juan Mari Aburto arrogante, no veo a Eneko Goia arrogante... El 2019 dibujó una Euskadi políticamente monocolor, que luego es mucho más plural, y nos dieron todo el poder. Y esa sensación de bloque monolítico del PNV que está en todos los sitios, está en todas las cosas y manda sobre todo, puede que

nos haya hecho daño, porque en cuatro años de pandemia, de crisis económicas y de guerra el tener todo y ser monocolor implica también que te llevas tú todos los palos. Y es así. Y lo tenemos que asumir.

Cuando uno dice 'tomo nota', ¿eso a qué se traslada? En hechos políticos, ¿a qué se traslada? Pongo un ejemplo: para cuando salga esta entrevista, ya se habrá consumado la Diputación de Gipuzkoa o el Ayuntamiento de Gasteiz, y desde EH Bildu dicen: 'Pues no han tomado mucha nota, porque en realidad están apoyándose en contra del partido que ha ganado'.

Yo creo que esa no es la clave. Cuando hablamos de que tomamos nota es mucho más profundo de lo que quiere hacer ver Bildu. Bildu ha perdido las

elecciones. O sea, tenemos un 35% de porcentaje electoral en este país. Feijóo o Sánchez van a ganar las elecciones sin llegar al 30% en su país. En un país normal, con unas leyes electorales distintas, con un 35% del voto tienen mayorías absolutas. O sea, pongamos las cosas en su sitio: Bildu ha subido 20.000 votos y el PNV bajado 86.000. El problema es nuestro, no es un triunfo suyo. Y, ojo, es más duro para mí decir que he bajado yo a decir que ha subido Bildu. Si Bildu hubiera subido comiéndose los votos de Podemos más el PSOE, ¿qué voy a hacer si yo he mantenido los míos? Pero no, en este caso el problema es mío. No contemos una película que no es. ¿Los 86.000 que me han dejado de votar es porque ahora han votado a Bildu? No. Esos 86.000 se han sentido o defraudados, o no

concernidos, o ninguneados, o simplemente se han conformado, o se han descuidado porque pensaban que no había nada en juego... Pero es una cuestión entre ellas y ellos y el PNV. No es del PNV con el resto de partidos.

¿Y en qué consiste “tomar nota”?

Cuando decimos que tomamos nota es bastante más profundo, no tiene que ver con la relación con otros partidos sino con esa parte de la sociedad que nos ha dejado ahora orillados. Y ahí es donde, con toda humildad y con propósito de enmienda, tenemos que cambiar algunas cosas porque nos han llegado señales de que no siempre hemos sido todo lo humanos que debiéramos ser con algunos colectivos que han sufrido.

Estoy pensando en la pandemia, en la gente que ha estado en el sistema de residencias, etc. Tal vez no hayamos sido desde el poder, desde las instituciones, lo suficientemente empáticos con colectivos que las han pasado canutas en esas épocas; colectivos a los que hemos puesto medidas y hemos dado ayudas pero con los que, por lo que nos dicen, no nos han sentido cerca de ellos: autónomos, hosteleros, gente muy de esta sociedad, de la línea intermedia de la clase media-media baja, que es nuestra clase, la clase del PNV. Con esa gente tenemos que recuperar la ligazón, y no solo por interés político y de voto sino también porque es una parte medular de nuestra sociedad: no la podemos perder para la democracia.



PÁGINA DEDICADA A SABINO DE ARANA SIN MENCIONARLO
PARA BURLAR LA CENSURA DE LA DICTADURA FRANQUISTA
EN LA REVISTA "PUEBLOS DEL PAÍS VASCO" PUBLICADA EN BARCELONA EN 1946.